

MAESTRÍA
Isabel Terroso,
45 años, en el
saloncito donde
recibe a sus
clientes en su taller
Balel. Lleva un
"audrey" de fieltro
de pelo de liebre
forrado en "crêpe"
de seda.



MODA

DE INGENIERA A SOMBRETERERA

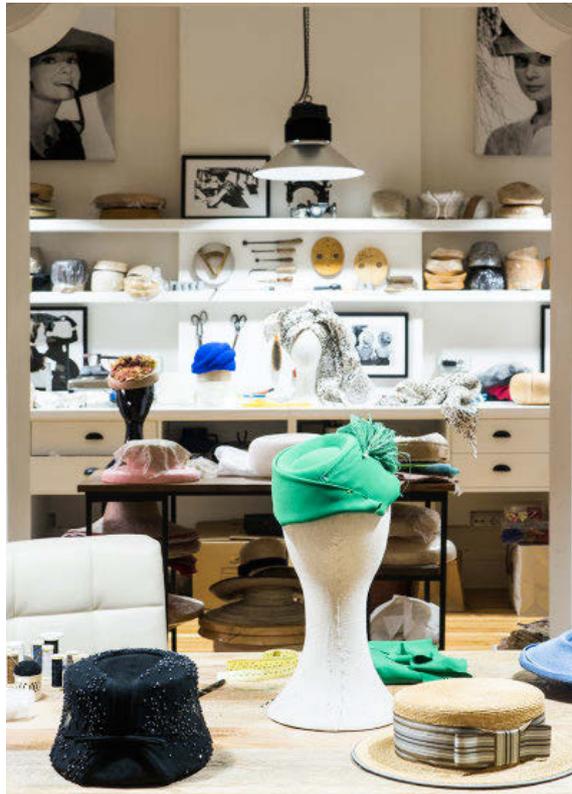
ISABEL TERROSO confecciona estos accesorios con la misma técnica de hace 100 años. En su taller madrileño realiza encargos a partir de la personalidad y rasgos del cliente. Reivindica el sombrero de calle.

Por SANDRA FERNÁNDEZ Fotografías de LUIS DE LAS ALAS

Isabel Terroso (Madrid, 14 de enero de 1973) es ingeniera agrónoma de formación. Y sombrerera de nacimiento. Lo que pasa es que ella no lo sabía. Y no se enteró hasta que el hastío de la vida laboral como consultora en el sector de la construcción naval militar sacó a flote (y nunca mejor dicho) esa vocación: “Trabajé en ello durante 10 o 12 años pero no me gustó nada. La experiencia de pertenecer a una empresa grande, la falta de pragmatismo de los hombres, desayunos y comidas eternos... Me harté: aquello no era lo mío. Estuve siete años en el astillero de Cádiz y dos en el de Gijón. Trabajé lo suficiente para que no me dijeran que no lo había intentado. No servía para aquello así que pedí una excedencia y empecé a darle vueltas a la cabeza: ‘A ver qué hago ahora con mi vida...’”.

Y de la cabeza, precisamente, le vino una idea: “Solía hacerme pasadores para el pelo porque todos los que vendían eran iguales. Me fascinaba y decidí hacer un curso de sombrerería, uno muy básico. Aprendí dos cositas y luego le metí muchas muchas horas, investigando, practicando...”, recuerda la madrileña. Tanta dedicación le procuró un resultado propio y muy original: la boina hoja: “Me la puse y salí a la calle con ella. Me paró una señora para preguntarme que de dónde la había sacado. Le dije que yo las hacía. Ella era cliente de Dior, de Chanel, y unos días después vino a verme con el estilista de Dior. Estuvieron mirando cómo los hacía, cómo los remataba... Al estilista le gustó cómo trabajaba y me hizo un encargo: un canotier para una cena de gala. Un estreno por todo lo alto...”. El modelo fue un éxito. El siguiente mandato se complicó: “Había que teñir el tejido para dar con cierto tono: una señora que se gasta 8.000 euros en un vestido no quiere una cosilla para salir del paso...”. Los pedidos no dejaban de llegar porque las clientas satisfechas corrían la voz. Sólo había un pequeño problema: “Yo trabajaba en mi casa encima de una tabla que colocaba entre la lavadora y la secadora. Si necesitaba más sitio, me iba a la *vitro*. Entonces, el estilista me dijo: ‘¿A qué estás esperando? Llevas cuatro años con nosotros y se te da muy bien; tengo clientas que viven en Moscú y se vienen aquí a comprar porque saben que estás tú, gente que se recorre Europa y no encuentra una sombrerería con la maestría de antaño’. Así que me dije: ‘Vamos con ello’. Y monté mi taller: Balel, Luxury Hats”. “¿Y qué es Balel?”, tercio, imaginando algún tipo de sombrero. “Es lo que chapurreaba de niña cuando me preguntaban cómo me llamaba. No le puse mi nombre porque no pienso en mí: quiero formar aprendices, montar un equipo”.

UN TALLER PROPIO. Por ahora su equipo es ella, única responsable, de principio a fin, de todo el proceso que conlleva cada uno de los diseños que confecciona a medida en Balel, (Calle Claudio Coello 25, en Madrid), un exquisito taller que atesora piezas ya finalizadas, su fabulosa colección de hormas y herramientas, cintas y adornos varios, tejidos y sombrereras, provisto de un saloncito donde recibe a la clientela: “Según abro la puerta detecto su personalidad, sé por dónde va, qué va a querer, conectamos enseguida”, confiesa Terroso y añade: “El cliente me va contando lo que quiere y lo que no. Si se trata de una señora buscando un sombrero para un evento necesito saber cómo va a ir vestida, si va a llevar el pelo suelto o recogido, si tiene tela, si la voy a poner yo y de cuánto tiempo disponemos. A continuación, le



MODELOS. Fedoras, pamelas, casquetes, turbantes, chisteras, bombines... A Isabel Terroso no se le resiste nada.



DE MAÑANA. Pamela de paja que se puede confeccionar con parasisal, parabuntal, paja de río, payasones o paja toquilla.



FOR MEN. Sombrero de caballero estilo John Wayne realizado en fieltro. Se puede estrujar para guardar y sigue impecable.

CÓMO PONÉRSELO

“Hay gente que cree que no le favorece el sombrero y es porque no sabe ponérselo. Yo les enseño. Es curioso: la manera en que cada cual se lo coloca dice mucho de su forma de ser. Por ejemplo, si te lo encasquetas, madurez poca”, asegura Isabel Terroso, quien imparte conferencias “en las que explico qué es el sombrero, para qué sirve, de dónde viene, cómo llevarlo... Reivindico el sombrero como revolución social: siempre ha tenido un significado de libertad, de independencia. La mujer durante la guerra se liberó de todo menos de su sombrero, nunca lo ha dejado, hasta ahora... No tenemos nada que contar, nada que transmitir, vamos sin sombrero y no se sabe muy bien por qué”, reflexiona.

hago que empiece a probarse cosas: por la forma de su cara, ya intuyo qué es lo que le va a favorecer pero la clave es que ella encuentre algo que le haga decir: ‘Esta soy yo, con este voy a estar a gusto’. Mis sombreros son elegantes y ponibles, no *gracietas* como las que hacen, con todos mis respetos, Philip Treacy o Steve Jones, con sus formas arquitectónicas, excesivas, que se comen a la persona y no se sabe quién va debajo”. Después, averigua con una cinta métrica la talla de la cabeza (que van desde la 54 o 55 de señora hasta la 61 o 62 de caballero) y despide a la cliente hasta la siguiente prueba: “Hay quien me dice: ‘Vivo en Londres, quiero esto, me fio’, yo lo hago y se lo mando; pero lo normal es venir dos o tres veces”, asegura.

Comienza entonces una laboriosa técnica que tiene más de 100 años y que se inicia con las hormas: “Un modisto trabaja sobre el cuerpo o con patrones pero yo necesito secar sobre algo: si no tengo un trozo de madera no puedo trabajar. Tengo varias: algunas tienen 100 años y son de escayola. Las encuentro en anticuarios en Polonia, Hungría, Alemania... Me interesan sobre todo las antiguas, las de los años 30, 40 o 50, que eran hormas minuciosas, detallistas, coquetas. Otras las encargo a hormeros que no son ebauistas sino lutieres, gente que trabaja con instrumentos musicales: ahora mismo hay dos en el mundo. Es desesperante”, se lamenta.

A DIARIO. El tiempo de fabricación depende del tipo de sombrero y oscila entre los tres días de un masculino estilo John Wayne y las tres semanas de uno más complicado, un *jackie* o un *audrie* femeninos. Con respecto a los tejidos, trabaja desde materias primas de altísima calidad como fieltros de pelo de castor o de pelo de liebre mezclados con visón que trae de Alemania o Austria; sedas, tules o *tweeds*; hasta paja natural o fieltros impermeables y súper resistentes que se pueden estrujar para guardar en el bolsillo y después de estirarlos siguen impecables. “Es que mi pasión no son las bodas ¿eh?”, aclara. “Abogo por la sombrerería de diario, la de salir a la calle, los sombreros sombreros, los que protegen del sol y del frío”.

Autodidacta, afirma que como más ha aprendido ha sido *destripándolos*: “Hay gente que con un oficio se limita a repetir y repetir y yo lo que hago es coger una horma, abrirla, descomponerla, girarla, repensarla: ‘¿Y si hago esto?’, ‘¿y si apresto por aquí?’”. La parte ingeniera es inevitable”. Como resultado, sus sombreros son obras maestras perfectamente ejecutadas: propuestas para hombre en las que copa y ala son una única pieza; bonetes de fiesta femeninos comidísimos que permiten cumplir a rajatabla con esa norma que dice: ‘En una boda, la mujer sale tocada y vuelve tocada’. “Hay clientas a las que han manteado sus hijos y no han perdido el sombrero”, asegura. ¿Y por dentro? Impecables también: “Vivimos en una época muy de fachada. Eso no va conmigo: yo oculto costuras y puntadas, pongo forros joya y dejo mensajes dentro para que en 70 u 80 años, cuando alguien los levante, sepa lo que tiene que hacer: ‘Te recomiendo que forres la costura con sedón’”.

Los precios van de los 600 a los 2.000 euros, (“son una inversión, por su calidad, duran para siempre”). Eso sí, hay que cuidarlos: “Los doy en una sombrerería donde conviene conservarlos junto a una hojita de laurel. El precio incluye el mantenimiento que hago yo: los rocío con vapor, se abren los poros y cepillo”. ◀